

Hacia un museo de “locos”: repensar la tradición y la normalidad en las acciones educativas en museos*

Germán Paley

Para no ser un recuerdo, hay que ser un re-loco

Federico Manuel Peralta Ramos

Introducción: palabras pandemizadas

Este texto tiene como origen una invitación: el 28 de junio de 2020 recibo en mi casilla de correos un email de Francisco Lemus, quien me convoca a “escribir sobre prácticas museográficas, programas públicos y acciones educativas que presenten un modo alternativo de trazar relaciones con la comunidad”. Una invitación que me encuentra como migrante en la Ciudad de México, freelanceando en el sector cultural como museólogo social y arteducador y desarrollando dinámicas en museos e instituciones culturales a partir de mi experiencia previa como coordinador de Comunidades del Departamento de Educación del Museo de Arte Moderno de Buenos Aires (MAMBA) entre 2016 y 2018.

Me es imposible no mencionar el presente desde el cual enuncio. Imposible, intentar la objetividad del artículo académico, que con su asepsia discursiva borra contextos y emociones, y estructura enunciados en fraseos despersonalizados, citas bibliográficas y demás estrategias narrativas para consolidar un modo de saber y, tal vez, sostener el poder del texto académico como escudo. A su vez, me es imposible negar que estas letras están siendo escritas en plena pandemia de COVID-19, a principios de agosto de 2020, y que no hay objetividad alguna que logre solapar mi OEP (oscilación emocional pandémica) que me tiene rebotando entre la preocupación ansiosa, el sinsentido ante la incertidumbre creciente y la imposibilidad de producir en condiciones de “normalidad”. Quizás, reconocer este estado de enunciación no sea más que una excusa para producir cierto

* Memorias del Grupo Tinkunakuy: arte, pensamiento y creatividad. Una experiencia conjunta entre usuarias y profesionales del Sistema de Salud Mental del Hospital de Agudos Dr. Cosme Argerich y el Área de Comunidades del Museo de Arte Moderno de Buenos Aires. Participantes del grupo: Felisa Escalera, Esther Gladys Martínez, Teresa Gadaleta, Jonathan Bellido, Adriana Núñez, Lourdes Raspa, Hugo Campanella, Rubén Maneiro, Susana Leiva, Gustavo Ergas, Susana Frigerio, María Reina, Agustina Abadía, Mercedes Figallo, José Luis Lucchesi, Dorotea Agote, Romina Gamaldi, Liliana Celman, Verónica Vidra, Florencia Kalejman, Ayelén Rodríguez y Germán Paley.

giro en cómo leemos nuestras prácticas y desde qué lugar las nutrimos: podría limpiar mi texto y hacer de él un silogismo que demuestre vaya a saber qué, pero ante este parate de sentido producido por un virus que lleva a replantearnos el modo en que vivimos y cómo hacemos lo que hacemos, prefiero construir mi relato desde la potencia subjetiva en la que he venido sosteniendo mis prácticas pedagógicas y artísticas, si es que acaso fuera posible dividir esos universos.

Y desde este presente es que me arrojó a un ejercicio de memoria, a revisar acciones pasadas para recuperar del archivo de prácticas alguna que siga resonando o que incluso, al ser resituada en la actualidad, nos brinde ciertas coordenadas de cómo podríamos construir (en) el futuro. No es casual que decida volver hacia una experiencia de articulación entre arte y salud mental, la del Grupo Tinkunakuy, quizás como manera de reconectar con el sentido –tan amenazado estos días–, tal vez como forma de recordar las preguntas que la enmarcaron y que hoy, inevitablemente, vuelven con más fuerza: ¿Qué es un museo y qué mundos crea? ¿De qué manera genera distancia, inhibe, discapacita? ¿Qué puede considerarse “normal” y de qué manera se construye? ¿Qué podemos aprender de todo aquello que queda afuera? ¿Qué de nuestras prácticas tiene sentido mantener? ¿Cuáles deberían reconfigurarse? ¿Cuál es el estado de salud mental de nuestras instituciones?

Un área de comunidades en el museo

La experiencia del Grupo Tinkunakuy, un proceso de trabajo creativo mancomunado y de encuentro entre profesionales y usuarios del Sistema de Salud Mental en el Hospital Argerich y trabajador+s del MAMBA, surge a partir de una iniciativa conjunta entre el Programa de Inclusión Social de la Dirección General de Salud Mental del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires y el Área de Comunidades del Museo. Pero antes de profundizar en este proceso de trabajo, me parece necesario caracterizar el Área de Comunidades para ahondar sobre sus ideas y motivaciones.

Hacia 2014, bajo la nueva gestión de la directora Victoria Noorthoorn en el MAMBA, la artista pedagoga Marina De Caro creó el Departamento de Educación, con el Programa Educativo del Laberinto de los Sentidos, un abordaje multisensorial que concibe el patrimonio no como una dimensión objetual a ser contemplada, sino, a través de la mediación, como un punto de partida para, desde el arte, accionar el pensamiento en el museo y así, el mundo. Como educador dentro de esa propuesta pedagógica, comencé a desarrollar acciones aisladas de vinculación comunitaria que se sostuvieron en el tiempo y generaron una metodología, un abordaje práctico para repensar el Museo y sus modos. Comencé a atender a los “no” del museo: cuando una persona ciega se acercaba a la recepción solicitando una visita y le decían que no había visitas de ese tipo, allí me acercaba a conversar y pensar alguna dinámica; cuando una persona mayor

recorría las salas y no encontraba un espacio para pausar y sentarse, allí acercaba una silla y conversábamos. El mayor aprendizaje surgió de leer y escuchar al “público”, lograr traducir a les visitantes en personas reales con sus propias corporeidades, deseos, necesidades, miedos, ganas. Estas acciones puntuales se convirtieron en una “investigación” que, gracias a la gestión de la museóloga Florencia González de Langarica con la dirección del museo, derivó en la creación del Área de Comunidades en 2016, a la que un año más tarde se sumaría Ayelén Rodríguez, actual coordinadora.

Desde su creación, el Área de Comunidades, siguiendo la visión de la museología social, tuvo como principal objetivo favorecer la participación real de colectivos sociales con distintos intereses y necesidades –como, por ejemplo, personas con discapacidad física y/o mental, en contextos de emergencia social, adultos mayores, entre otros–, expandir los límites del museo, desarrollar acciones en territorio y fortalecer la accesibilidad generando nuevas dinámicas de vinculación. El área generó diversas actividades a modo de laboratorio transformando la realidad del museo en un terreno de acción y exploración de ideas: una conexión entre organizaciones sociales, culturales y educativas para que con el arte se ampliaran sentidos. Así, cada acción de Comunidades nutrió al museo de nuevos saberes y miradas transformando significativamente el vínculo con sus visitantes: se propuso derribar la idea del ‘gran público’ y trabajar con las particularidades de grupos específicos jerarquizando y dándoles voz a sus miradas, inquietudes, necesidades, expectativas. Un planteo pedagógico que se orienta al otro, que hace un corrimiento y permite repensar el museo ya no como un espacio institucional que tiene un saber, sino como una plataforma de diálogo en la que el museo también escucha y construye aprendizajes compartidos. El Área de Comunidades fue consolidándose bajo el sello del museo humano y, de esa manera, nos alejamos de ese espacio tradicionalmente asociado a un templo de saber para transformarlo reconociendo sus zonas de ignorancia y así dar lugar a nuevos aprendizajes más ligados a procesos vitales como el devenir y la incerteza, la negociación y el intercambio, los sentimientos y la afectividad.

Partir del blanco

A fines de 2017, hacía más de un año que con Ayelén Rodríguez habíamos decidido vencer el miedo y nos embarcamos a desarrollar acciones para trabajar con personas con discapacidad; ese acercamiento al universo de la diversidad funcional nos fue permitiendo aprender sobre qué entendemos por inclusión, y a la vez nos acercó a problemáticas que suelen estar invisibilizadas, como son las de salud mental. Así, empezamos a realizar acciones con escuelas de educación especial, hospitales, fundaciones, aprendiendo sobre diferentes condiciones pero sobre todo viendo de qué manera generar experiencias dentro y fuera del museo en torno a la salud mental.

Por este trabajo en marcha, a través de un email nos contactan de la Dirección General de Salud Mental para solicitar una entrevista para darnos a conocer el Programa de Inclusión Cultural. Recibimos a las coordinadoras del programa en el museo con quienes intercambiamos visiones sobre prácticas y concluimos que sería bueno llevar a cabo una acción conjunta: convenimos que lo mejor sería pasar a la acción a través de una visita al museo para un grupo de adultes, usuaries del sistema de salud mental en el Hospital Argerich y el equipo de profesionales que los atendía.

Recibimos al grupo de profesionales y usuaries del sistema de salud mental en el hall del museo, que para ese entonces era el espacio donde rompíamos el hielo. Una ronda inicial de conversación y presentaciones en la cual surgen los nombres propios y cada rostro se vuelve una historia. ¿Quién sos? ¿De dónde venís? ¿Qué esperás de tu visita al museo? ¿Es la primera vez o ya fuiste a alguno? y así en la conversación, mucho antes de entrar a sala ya comienza el "pre-amasado" de la narrativa en torno al patrimonio fundamental, les visitantes. Esa charla que puede durar entre media y una hora es el terreno a partir del cual se organiza la experiencia en sala: las colecciones cobran sentido a través de las conexiones y es en ese encuentro humano desde el cual tendemos puentes con las obras, lo que comúnmente se suele llamar "interpretación del patrimonio" y que, desde Comunidades, se construye desde la experiencia personal como motor de sentidos.

Luego de esa introducción, continuamos el recorrido y fuimos a la muestra elegida: *Sin título* de la artista Elba Bairon. Les pedimos a les miembros del grupo que se situaran frente al texto de sala y cuando iban a comenzar a leerlo, que rotaran su cuerpo un cuarto de giro a la izquierda, lo cual colocaba su mirada frente a una pared blanca. En lugar de entrar a la exhibición con información, con las palabras que "explicaban" o "introducían" desde el muro, propiciamos el tiempo de observar ese otro muro que aparentemente "nada decía". Pero ¿qué puede decirnos un muro blanco? Mientras lo observaban, con Ayelén fuimos haciéndoles preguntas, una estrategia para mediar esa pared 'vacía':

¿Es la ausencia de información, el vacío o para que exista el blanco debe generarse materia?, ¿qué ofrece a nuestra vista un muro sin texto ni obra?, ¿qué efecto produce: nos genera ansiedad, descansamos o empezamos a ver los poros del muro, sus imperfecciones?, ¿en un bloque blanco, qué detalles aparecen, hay una historia?, ¿qué pasa con nuestra percepción cuando reposamos la vista en el blanco, cómo eso se traduce en nuestro cuerpo, en nuestra respiración?

Y mientras lanzábamos esas preguntas al grupo, en el muro de al lado, las palabras del texto curatorial que fueron esquivadas y esperaban a ser leídas:

Las instalaciones de Bairon conviven en un tiempo detenido, congelado en el instante preciso en el que alcanzan un equilibrio

perfecto entre tensión y serenidad. El blanco de las superficies, la levedad de la figuración, la simplicidad de las líneas e incluso la ausencia de títulos hacen que estas piezas se resistan a ser nombradas; llaman al silencio. La artista apela a nuestra capacidad de ver, oír y sentir, y de esta manera, recupera una experiencia de aquello que no se puede nombrar, que no narra el mundo, sino que lo devela.

Y de algún modo, esas palabras de Sofía Dourron, curadora de la muestra, si hubieran sido leídas, no habrían generado una experiencia físico-sensorial. ¿De qué manera nos adentramos a una muestra de arte: necesitamos información, un texto que nos introduzca, o podemos abrirnos a otras formas? "Leer" un muro blanco repercute en el cuerpo. Que la práctica de educación de museos deje de ser una traducción del discurso curatorial y pueda ser una experiencia de creación es un camino a explorar por los equipos educativos en los museos para que les artistas no sean explicados y que cada "visitante" juegue de local en los dominios de la experiencia artístico-estética-perceptiva.

Al entrar a la gran sala, a cada persona del grupo se le dio una hoja en blanco y se le pidió que recorriera el espacio como quisiera, por donde quisiera, estando pendiente de sus sensaciones y pensamientos. Una gran instalación y dos pequeñas esculturas como "objetos" para ser vistos: superficies blancas, bordes rectos de una gran estructura, acabados indefinidos en formas que apenas dejan adivinar figuras, entre lo sugerido y lo inconcluso, superficies pulidas para reposar la mirada. Les pedimos que tomaran su hoja en blanco para volcar en ella su interpretación de estos objetos escultóricos; su propio gesto a partir de lo que sintieron o pensaron al ver la obra, traducirla en papel de manera libre: hubo quien plegó, abolló, rompió, partió, picó, perforó, arrugó. La misma hoja, la misma sala, las mismas obras y, a partir de la misma invitación, cada quien transformó esa hoja en algo personal. Luego de ese recorrido, fuimos con el grupo a la Sala de Educación del Museo, un espacio-taller para seguir haciendo. Alrededor de la mesa de trabajo, les dimos lápices y marcadores para que, si querían, pudieran continuar interviniendo su pieza, mientras que a la par íbamos conversando de la experiencia en sala: un diálogo múltiple en el que cada quien pudo compartir sensaciones, sentimientos, derribar sus propios prejuicios acerca de qué esperaban de la visita al museo y revelar que en el recorrido pudieron explorar sin temor a sentirse juzgados o disminuidos por no tener un conocimiento que les "habilite" a interpretar las obras. Desde esa libertad expresiva, las manos siguieron operando en las piezas y, luego de media hora, colores y palabras fueron cubriendo superficies, sumando capas de sentido. Al finalizar la actividad, llegó el tiempo de despedirse y aparecieron las sonrisas agradecidas y las promesas de volver al año siguiente. Con las coordinadoras del grupo pensamos que sería bueno continuar el contacto y ahí surgió la idea de forjar un vínculo para 2018.

Hacer (en/con) el tiempo

En marzo de 2018, retomamos contacto y nos reunimos los profesionales de Salud y el equipo de Comunidades a conversar sobre la posibilidad de generar un grupo. Parte de las anotaciones de ese encuentro dan cuenta de algunos elementos que formaron parte de la alquimia futura:

Un espacio de encuentro donde el saber esté repartido y sea horizontal. Potenciar el desarrollo de la persona a través de la expresión, la reflexión y la escucha. La inclusión no como declamación sino como ejecución performática real. La producción y el encuentro como posibilidad de crear algo nuevo a través de la participación cultural, transformando la inherente pasividad que esconde la idea de "paciente" y otorgando a los sujetos el poder de agenciamiento sobre su construcción del mundo a partir de su subjetividad.

Se acordó que cada profesional convocaría a los pacientes que considerase a partir de la siguiente invitación:

Te invito a sumarte a un espacio para crear, desplegar, disfrutar. Un espacio donde podés venir a expresarte, charlar, hacer arte. Un espacio de expansión para abrir tus emociones e intercambiar con otros. Construyendo un espacio entre el Argerich y el MAMBA. Conversación entre dos espacios en un mismo tiempo.

La convocatoria de los profesionales comenzó a girar y la fecha para el primer encuentro del grupo fue el 26 de julio de 2018. Un día antes, recibimos un email que compartía cierto perfil del grupo por parte de una de las Coordinadoras del Programa de Inclusión Cultural, Susana Frigerio:

- Perfil de usuarios convocados para la actividad
- Cantidad de usuarios estimados: 13
- Composición del grupo: usuarios del Servicio de Salud Mental del Hospital General de Agudos Dr. Cosme Argerich de la Ciudad de Buenos Aires
- Los usuarios están incluidos en los siguientes dispositivos de atención:
 - > Consultorios externos y Taller de estimulación cognitiva
 - > Seis usuarios están en tratamiento por psiquiatría
 - > Tres usuarias realizan tratamiento en el Equipo de Psicodinámica
 - > Un usuario realiza tratamiento en el equipo de Trastornos de la alimentación

- > Tres usuarias participan del Taller de Estimulación Cognitiva
- > No se conocen entre todos. Hay subgrupos que comparten actividades, dependiendo del dispositivo al que concurren
- > Se trata de un grupo auto válido en el área motriz, solo hay una paciente con dificultades para caminar
- > La totalidad de los integrantes del grupo se encuentran estabilizados emocionalmente al momento de la convocatoria
- > La mayor parte de los usuarios invitados nunca concurreó a un museo

Desde Comunidades, dentro de la línea de Salud Mental o Accesibilidad, siempre solicitamos a los profesionales que venían con los grupos un perfil para poder atender a necesidades específicas y estar atent+s a los requerimientos específicos del grupo. Con el tiempo, fuimos aprendiendo que todo perfil permite demarcar o anticipar ciertas cuestiones, pero son las dinámicas de vinculación las que hacen al encuentro humano y muchas veces ahí el perfil queda olvidado, reducido a datos que terminan aportando poco a la experiencia real.

Acuerdos fundacionales

Desde el equipo de Comunidades pensamos un encuentro de apertura centrado en la conversación y detonado por la pregunta: "¿por qué creen que estamos acá?". Una ronda de charla que permitió presentaciones y compartir experiencias previas, conocerse e igualarse a partir de las respuestas. Emergieron ideas acerca de lo que podría llegar a ser este nuevo espacio y, a su vez, se comenzaron a generar acuerdos, que fueron escribiéndose sobre la mesa, como un testimonio de la sinapsis conversacional y que fueron registrando ciertas zonas comunes a trabajar a futuro: "Hablar sin interrumpir / repartir los tiempos de la palabra / no venimos a ver arte, estamos haciéndolo / expresar libremente sin miedo / este es NUESTRO espacio / DESPERTAR con el arte / buscar sintonizar / modo libre / cada quien sabe lo que sabe / DISFRUTAR".

Palabras e ideas que fueron dando lugar a una suerte de "acta de convivencia" a la que siempre volvimos para recordarnos el espíritu del grupo: "No hay correcto ni incorrecto, al no sé lo dejamos de lado, respetarnos desde cada saber, respetar lo múltiple, comprometernos y que sea un encuentro positivo". Y habiendo aterrizado esas ideas en el papel, fuimos a la sala de la exhibición *Historia de dos mundos: arte experimental latinoamericano en diálogo con la colección MMK de 1940 a 1980*, curada por Victoria Noorthoorn, Klaus Görner y Javier Villa. Optamos por no seguir el típico formato de visita guiada sino poder fluir por la sala con el grupo de manera distendida, como si las obras fueran un bosque a explorar y en ese recorrido grupal, pero personal, cada quien fuera vinculándose con aquello que le llamara la atención y compartiéndolo con el resto. No fue un

recorrido lineal dirigido, sino que el espacio de la sala fue atravesado de manera desordenada pero orgánica por la pluralidad de seres que iban señalando hallazgos para hacerlos resonar en les otros y recuperar ecos ajenos para ir nutriendo la mirada propia. Así, cada obra, cada detalle, cada observación, seguía abriendo el diálogo que escapaba a las líneas de las biografías de la historia del arte y dejaba de lado fechas, egos autorales, constructos curatoriales; las miradas fueron arrojándose a la potencia que otorga el goce de sentirse libre. Y ese transitar la sala, de algún modo, también definió las bases del grupo: la participación libre y respetuosa en sintonía con les otros para aprender entre todes en esa experiencia compartida.

El museo sale de sí mismo

El segundo encuentro no fue en el museo sino en el hospital, lo cual abrió otras lógicas de vinculación y nos permitió como equipo pedagógico correrlos del lugar de anfitrión –ese protagonismo discursivo que suele tener la dinámica tradicional de la visita guiada al museo–. En esa dislocación espacial, nos volvimos aliens en terreno nuevo, también nos preguntamos qué parte del museo dialogaría con el hospital. A su vez, como la dinámica de este encuentro estaba a cargo del equipo de profesionales del hospital, como educadores de museo pudimos no estar a cargo y ser simplemente participantes, subvirtiendo el clásico orden: nos volvimos visitantes.

Nos reunimos en una sala/aula del Hospital Argerich y la propuesta fue recorrerlo. Luego de una charla inicial, salimos en grupo a caminar pasillos, observar espacios, salas de espera, incluso acceder a áreas nunca antes vistas, como una terraza donde los profesionales suelen salir a tomar aire. Un recorrido grupal, a veces dialogado y muchas otras en silencio compartido. Anduvimos entre personas, tomamos ascensores, pasamos por consultorios, escuchamos a través de las paredes, nos movimos y estuvimos quietes, exploramos el universo hospitalario.

Luego de ese recorrido que duró unos 45 minutos, volvimos a la sala y tuvimos que volcar en una hoja cinco palabras que dieran cuenta de las percepciones, sensaciones, sentimientos. Todo aquello que mirada y cuerpo fueron captando en ese salirse del molde, en ese bajarse de la rueda del hámster, en ese desalinearse para descubrir y trazar nuevas líneas, para hacer de un espacio habitual algo totalmente nuevo a habitar. Fueron apareciendo respuestas en las hojas, cataratas de palabras que iban cubriendo al hospital de capas subjetivas: espacios, pasillos, espera, salud, escalera, ascensor, laberinto, selva, equipo, abstracción, pregunta, ausencia de color, movimiento de gente, acceso, ocultos, sanar, nostalgia, miedo, casa, luz, dolor, personas, transparente, estrecho, pacientes. Y cuando cada uno tuvo sus cinco palabras, la indicación fue empezar a pasarnos las hojas y trazar vínculos entre conceptos, haciendo líneas, punteos, asociaciones visuales en color y formas que de algún modo iban mapeando la experiencia ajena, resonando

con la propia. Cada quien pudo conectar con otras miradas y empezaron a surgir conversaciones sobre la experiencia, sobre el espacio, sobre los lugares externos e internos: pudimos descubrir lo conocido a partir del otro, transformando la dimensión material individual hacia una experiencia simbólica compartida.

El hospital se transformó en un espacio de creación para resignificar nuevos vínculos de mirada, pensamiento y acción. Hacia el final del encuentro, Felisa, una de las participantes, reflexionando sobre las palabras y su energía, dijo que estaría bueno tener una palabra que nombre al grupo y nos regaló una que viene de su herencia norteña: *tinkunakuy*, que en quechua quiere decir "encuentro entre personas". Así, en el hospital, el grupo incubó su propia identidad. A partir de ese entonces, seríamos Tinkunakuy.

Poéticas de la mirada

El tercer encuentro fue nuevamente en el museo y nos sumergimos en otra de las salas de la exhibición *Historia de dos mundos*. Esta vez a partir de una herramienta de recorrido llamada Cuestionario AMI (Asociaciones Múltiples Inmediatas), un dispositivo que invita a conectar con una obra, imagen, objeto a partir de diferentes dimensiones vinculadas a los sentidos y a la historia personal. Mediante este recurso, fue posible transformar el patrimonio en algo más dinámico con sentidos menos impuestos por el peso de la herencia generados a partir de las asociaciones libres que van cubriendo las superficies materiales de capas más afectivas y propias. El texto que nos introdujo a sala fue un fragmento de la novela *Metafísica de los tubos* de Amélie Nothomb:

Los ojos de los seres vivos poseen la más sorprendente de las virtudes: la mirada. No existe nada tan singular. De las orejas de las criaturas no decimos que poseen una "escuchada", ni de sus narices que poseen una "olida" o una "aspirada". ¿Qué es la mirada? Ninguna palabra puede aproximarse a su extraña esencia. Y, sin embargo, la mirada existe. Incluso podría decirse que pocas realidades existen hasta tal punto. ¿Cuál es la diferencia entre los ojos que poseen una mirada y los ojos que no la poseen? Esta diferencia tiene un nombre: la vida. La vida comienza donde empieza la mirada (2013: 8).

Y fueron las conexiones entre museo-mundo exterior, entre objetos-afectos, entre contemplación-participación, las que propiciamos en esta visita orientándonos hacia la idea de *fratrimonio*,¹ término que, desde la museología social,

¹ En los años setenta, surgieron nuevas miradas en torno a los museos y su función social: distintas voces cuestionaron al museo moderno como un espacio elitista con prácticas que concentran poder en torno a una idea de verdad. Este movimiento crítico devino en la museología social, que introdujo un gran cuerpo de teoría crítica y, sobre todo, un caudal de prácticas

cuestiona la tradicional rigidez interpretativa del patrimonio y abre a la construcción de sentidos más amplios a partir de la experiencia vital de cada visitante. Así, fuimos recorriendo obras de vari+s artistas, como Mathias Goeritz, Liliana Maresca, Joseph Beuys y León Ferrari, y cada lectura de las respuestas del cuestionario fue tejiendo texturas que, al ser leídas en voz alta, hacían resonar la imagen desde la poética personal. Una de las heliografías de León Ferrari devino en “un ser humano con algo de Virus, corriendo, piernas caóticas, como la piel, ácida, constante y caliente”, mientras que la obra *La muerte del pecador* (1973) de Beatriz González, interpretada por Esther, se transformó en una “cama-libro con historias de abuela, una paloma que baja del cielo, extendiendo el brazo de la sabiduría, al latido de una polka suave, con recuerdos de niñez al oler la flor del limón”. Cada obra fue abriendo historias de vida, recuerdos o fragancias, separaciones matrimoniales o juegos de infancia, y ya no se trataba tanto de explicar la obra sino que, sin darnos cuenta, al hablar de la obra estábamos hablando de nuestras vidas al punto que, ante una escultura de Liliana Maresca, Hugo rememoró aquellos tiempos pelilargos en los que el rock nacional agitaba sus venas y los pulsos de esos recuerdos lo llevaron a regalarnos una versión muy personal del disco *La Biblia* (1971) de Vox Dei a la que de a poco se fueron sumando otras voces y así un círculo rockero se armó alrededor de esa escultura con ramas secas y bronce, mientras las personas que entraban a la sala pensarían que se trataba de alguna activación performática, y tal vez sí lo era.

Sinergia propia

El cuarto encuentro fue en el hospital, entre los profesionales y usuaries. Nadie del equipo de Comunidades pudo asistir, pero parte de la organicidad del proyecto

disruptivas. El museo tradicional, definido por una construcción centrada en las colecciones y por mantenerse ajeno a la realidad social puertas afuera, fue denunciado como un centro elitista que pretende perpetuar una verdad. La nueva museología viene a cuestionar esa estructura de poder y plantea transformar las prácticas en torno al sistema organizacional, las dinámicas pedagógicas y el vínculo comunitario. Este cambio de enfoque fue sostenido y defendido a lo largo del tiempo a través de declaraciones abiertas como la de la Mesa Redonda de Santiago (1972), la de Quebec (1984) o la de Río de Janeiro (2013). Con la creación del MINOM –Movimiento Internacional por una Nueva Museología– en 1985, las visiones de este movimiento cobraron fuerza en otras narrativas que imaginan lógicas museales alternativas dando lugar a nuevos conceptos que buscan minar aquellos heredados de la museología tradicional. Es así como el concepto de *patrimonio* es revisitado y puesto en tensión bajo otros paradigmas (antineoliberales, transfeministas, ecológicos, etcétera); emerge la idea de “sororimonio” o “fratrimonio” para plantear otro tipo de vínculos entre los objetos de las colecciones y las comunidades que les dan sentido. La puesta en valor e interpretación de la dimensión material ya pasa a ser un proceso consensuado comunitariamente y no impuesto por un grupo de poder económico o intelectual. De esta manera, pensar en términos fratrimoniales es abrir el juego a otra construcción de sentido dentro y fuera del museo, en la cual las comunidades tienen un papel central. En 2017, en la ciudad de Córdoba, Argentina, se desarrolló la XVIII Conferencia Internacional del MINOM y en la Declaración de Córdoba se hace presente con fuerza el espíritu fratrimonialista, ver: <https://revistas.unc.edu.ar/index.php/antropologia/article/view/25236/24482>.

hizo que nuestra presencia no fuera necesaria. Les profesionales que coordinaron el encuentro propusieron reflexionar sobre el desarrollo y funcionamiento del espacio grupal. A continuación, algunas notas de la memoria de Romina Gamaldi:

Rubén señaló que vivía esto como algo nuevo, que le permitía conocer gente con distintos modos de ser y pensar. Hugo comentó con sorpresa "nunca se me hubiera ocurrido mezclar el arte con mi forma de ser, pensar... yo leo, pero museo, no". El museo aparece como algo cerrado, el hospital también, ¿uno mismo también? ¿Nos podemos abrir a lo nuevo? "El arte está en todo", acota Gustavo. Esther comenta que está notando espacios en los que antes no se detenía, como el 'museo' de Av. Paseo Colón debajo de la autopista.

"Es desplazar un prejuicio para abrirse a la experiencia de qué es un museo", propone Gustavo. "Es recuperar lo que el artista puso en un inicio, arriesgar el cuerpo, no solo desde lo intelectual sino desde lo afectivo".

Teresa tiene gesto serio y acota: "¿Esto me puede servir? Para mí el arte es me gusta/no me gusta, entiendo/no entiendo con lo que pasa en este país. Perdón, pero tengo un mal día, tengo bronca, te defraudan, mi hija me dice que apague la televisión porque me sube la presión".

Gustavo señala que el arte ha tomado el conflicto político como fuente, que es expresión, transformación, protesta; Picasso, Goya, Berni.

José Luis propone hacer algo, abre la discusión sobre qué querían expresar. Dorotea agrega que la expresión nos sirve de cura.

Van compartiendo: "Disconformidad - Bronca - Enojo - Esperanza". Para Esther es importante que haya Esperanza.

Hablamos del *Guernica*. Gustavo dice: "hoy el bombardeo es mediático y el territorio son las subjetividades, desde la fragmentación de la visión del mundo. El arte es lo que aporta una mirada integradora y recupera". Felisa apunta: "lo nuestro es como el *Guernica* al revés", "juntar los pedazos", señala Liliana.

Rubén lanza: "es un manifiesto de encierro del arte, porque está en un contexto de encierro. Si el arte se encierra es como todo, muere".

Gustavo propone armar algo "tipo instalación" con pantallas, chatarra de tecnología. Liliana sugiere armar las pantallas con cajas/cartón. Se piensa qué mostraría cada uno en esas pantallas.

Teresa: frases. Hugo: música. Esther: un objeto. Felisa: un corazón enorme, que tenga latidos [“como resistiendo”, acota Gustavo]. Se habla con entusiasmo del proyecto que surgió, en medio de varias voces se escucha: “es que no vivimos en un tupper”.

Proyecto en marcha

Los cinco encuentros subsiguientes fueron dinamizados por un objetivo común a partir del impulso de “hacer algo como grupo”. La propuesta de armar una instalación a partir del *Guernica* (1937) de Picasso y actualizar los sentidos de esa pieza que recupera y reconstruye lo que fue el bombardeo, pero trayéndola al presente, a los bombardeos de hoy que son de otro tipo, “bombardeos mediáticos” fue la idea inicial que prendió la mecha, que se iría trabajando y fue transmutando con el fuego creativo colectivo.

En cada encuentro se siguió trabajando en relación con las muestras del museo con dinámicas de taller, de producción de dibujos en sala dialogando con las obras, en la escritura de textos y, también, en el proceso creacional que derivó de una instalación a una muestra de los procesos grupales: compartir las dinámicas del grupo y los resultados de una manera abierta socializando los procesos.

Y esto llevó al equipo de Comunidades al desafío de introducir en el museo una muestra realizada mediante procesos de cocreación, ajenos o, mejor dicho, al margen de las dinámicas de Departamento de Curaduría: poner en marcha una maquinaria de acciones y toma de decisiones para posibilitar la realización de esta exhibición en el museo, que de algún modo entraría de costado y orbitando otras lógicas por fuera de la cadena de decisiones formales/institucionales, por momentos, con cierto funcionamiento de sublevación, tipo guerrilla.

Cuando se le comunicó al grupo que la muestra se realizaría en la sala de Educación del museo, una chispa se encendió a partir de la concreción de la idea, y se empezó a trabajar en qué y cómo mostrar. Transformar el espacio de talleres y actividades de educación en una nueva sala de exhibición que por un día iba a ser la plataforma de apertura del Grupo Tinkunakuy. Hubo un encuentro en el que se dispusieron todos los trabajos: escritos, dibujos, bocetos, y se trabajó sobre cómo constelar ese universo material, qué grupos de sentido se armarían, qué se contaría, de qué manera, una curaduría colectiva que fue nutriéndose de opiniones, miradas y discusiones. A su vez, cada quien fue pensando qué más podría sumar y así Felisa, modista, dijo que quería que hubiera un gran corazón de tela; Estela traería una obra con una máscara en un atrapador de sueños; Gustavo, una serie de acuarelas surrealista que había hecho. Y mientras se decidía sobre la dimensión material, también se hablaba de lo simbólico, de por qué estábamos haciendo lo que hacíamos. Hugo señaló que estábamos construyendo un espacio en el que “podemos proyectar” mientras Felisa agregó “y ayudar a

otros, que sea una experiencia para otros: superar el miedo”. Rubén señaló que estando en este espacio les quitábamos el lugar a otros, pero Gustavo le dijo que si bien ocupar un espacio es quitarle el espacio a otro, ese otro está incluido en la medida en que el que ocupa ese lugar lo aprovecha, lo disfruta, lo vivencia.

Y este espíritu de poder compartir las vivencias marcó todo el trabajo en torno a la muestra. Una muestra que fue imantando a otras áreas del museo, las cuales fueron sumando sus saberes para que nada faltara y cada elemento estuviera a la altura de cualquier muestra: los flyers y los ploteos para los textos de sala a cargo del Departamento de Diseño, la ayuda en el montaje y armado de la sala por el equipo del Departamento de Producción y Montaje, la iluminación del Equipo de Técnica, el acondicionamiento de la sala por el Equipo de Mantenimiento y Limpieza, todo el proceso previo de puesta en marcha con la colaboración de otros educadores del Departamento de Educación. Las dinámicas afectivas estaban poniendo subrepticamente en agenda tareas y labores para sacar adelante una muestra fuera del cronograma oficial.

Sin receta: muestra de procesos creativos y afectivos del Grupo Tinkunakuy

El 6 de diciembre de 2018, la sala de educación del museo fue una sala de exhibición más del Museo de Arte Moderno. Un espacio activado por el Grupo Tinkunakuy que se abrió para mostrar sus procesos, esos tránsitos vitales que, a lo largo de diez encuentros, pendularon entre miedos y deseos, entre sentir no saber y la motivación del creer, entre el “esto no es para mí” y el “mirá todo lo que hicimos”. Y así como en cualquier otra muestra del Museo, hubo una inauguración oficial en la que hablaron los directivos de la Dirección de Salud Mental del Gobierno de la Ciudad y la directora del MAMBA, hubo invitados especiales, hubo cobertura audiovisual, hubo un fluir de gente entre las salas y visitantes que caían a ver qué estaba sucediendo, y hubo un momento en que le tocó al Grupo Tinkunakuy tomar la palabra, y como sucedió en cada uno de los encuentros pasados, la ronda de voces irrumpió y comenzó a compartirse el encuentro de personas:

Tinkunakuy fue una continuidad / como todo proceso humano es complejo pero a la vez fue novedoso: pudimos salir de las categorías y encasillamientos / no había vivido con tanta intensidad hace tiempo / si no estuviera en el rol de médico, me preguntaba cómo sería mi relación con mis pacientes... aquí encontré una posible respuesta / dejamos de ser pacientes para ser personas / nunca había ido a un museo y hoy me toca mostrar en uno / siempre sentí que tuve el corazón roto y hoy me voy con el corazón sano, sabiendo que hay cosas que puedo hacer / en el museo pude respirar.

Ese coro, al abrirse en sentires y revelaciones, mostrarse en acción, fue acercando a cada persona presente a la esencia del grupo. A través de esa manifestación efímera, cada uno de los objetos expuestos en la sala vibró a la mirada de otra manera, quizás logrando romper la idea de obra como algo distante y rescatando el poder transformador de la creación.

Aprendizajes

Todo este proceso de vinculación fue una exploración de múltiples partes, personas que se permitieron correrse de su funcionamiento "normal" y en ese "desvío" encontrar nuevas formas de ser y hacer. En ese encuentro por fuera de las formas dadas de los espacios institucionalizados, lograr aterrizar y poner en acción fantasías utópicas: la horizontalidad de los vínculos, la deconstrucción de roles (museo, hospital, guía, doctor/a, paciente, cordura, locura), el encuentro humano movido por la invención y el descubrimiento, la articulación intersectorial de la salud, la educación, el arte y la cultura motorizados por la imaginación. De esa manera, generar una práctica que es a la vez clínica, estética y poética, sostenida en la convivencia. A la vez, se trabaja sobre la equidad en un enfoque de recuperación social y que busca reducir los prejuicios y estigmas que afectan a las personas con problemáticas de salud mental.

El Grupo Tinkunakuy como experiencia nos enseñó que la mirada es un ejercicio que fortalece el pensamiento y el espíritu potenciando las singularidades en una trama colectiva; que la práctica colaborativa entre personas e instituciones nos abre a dimensiones que merecen la pena ser exploradas a lo largo del tiempo; que es posible construir un espacio flotante de conversación, creación y libertad, al margen de las construcciones conocidas, una dimensión paralela que permite habitar y humanizar el museo y el hospital, en la que se ponen en juego otros significados, otros tiempos, incluso, otras maneras de hablar. Un espacio de encuentro en el que no hay demasiada certeza, pero sin duda, transitar las posibilidades que ofrecen las formas nuevas favorece el encuentro genuino entre personas de modo más libre, sin receta.

Hacia el museo humano

El proceso de trabajo del Grupo Tinkunakuy no solamente explora el vínculo entre el arte y la salud mental como potencia de un aprendizaje vital, de una búsqueda identitaria personal/grupal, sino que también reflexiona en torno a la dimensión museo para ir a contrapelo de una tradición moderna que suele, en sus formas y dinámicas, generar barreras en torno al conocimiento como poder de unos pocos. Cuestionar ese paradigma a través de acciones concretas activa otras lógicas y dinámicas de participación posibilitando otros vínculos, otras afectaciones.

En el Área de Comunidades del MAMBA comenzamos a percibir que otras maneras de hacer museo son necesarias para generar atmósferas más vivibles, más dignas y respetuosas, más diversas y plurales. Minar la idea de verdad y desnormalizar el modo único de hacer museo permiten la convivencia de miradas y sentires. Un museo no regido por la dimensión del saber experto se abre a un universo múltiple que merece ser explorado entre muchas para que cada obra, cada colección, cada sala estallen en miles de maneras posibles. Repensar el museo en clave opresión devela ciertos modos en que la misma institución inhibe las subjetividades, pero, una vez habilitadas, las personas se adueñan de la potencia museal como forma de entender sus vidas y cuestionar el mundo. Este movimiento hacia un museo construido socialmente en consonancia con las comunidades apuesta a prácticas más vitales, más empáticas y sensibles, acercándonos de ese modo a un museo más humano.

Tal vez este presente, en el que están colapsando muchas construcciones de sentido, sea una buena oportunidad para acompañar la caída de viejos valores y aprovechar para construir colectivamente nuevas maneras de proyectarnos a futuro. Y si algo me enseñó la propia práctica es que no puedo concluir este texto más que dejando el final abierto.

Referencias bibliográficas

NOTHOMB, Amélie (2013). *Metafísica de los tubos*. Barcelona: Anagrama.





Fotografías de Guido Limardo (Museo de Arte Moderno de Buenos Aires) y Archivo fotográfico del Grupo Tinkunakuy.